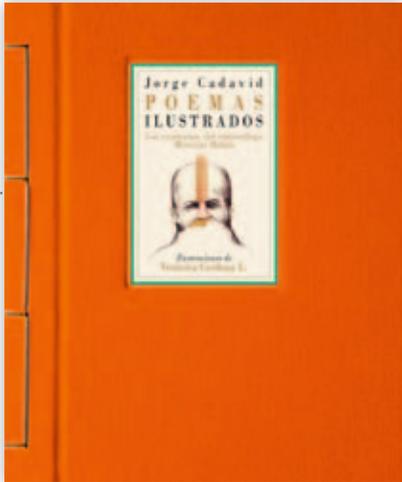


La enfermedad como mística del cuerpo



Los cuadernos del inmunólogo Miroslav Holub

Jorge Cadavid
Tragaluz Editores
Medellín, 2015
81 p.

Nos aclara Jorge Cadavid en el prelude de *Los cuadernos del inmunólogo Miroslav Holub* —libro ganador del Premio de Poesía Ciudad de Bogotá 2015, publicado por la editorial Tragaluz con una exquisita edición ilustrada— que este texto fue escrito por su heterónimo Miroslav Holub: inmunólogo de Praga, poeta y genetista del siglo xx. ¿Quién escribe? El “otro” de Cadavid, un médico poeta checo. *Los cuadernos* parecen proponer una nueva manera de entender la poesía como enfermedad del lenguaje: “Las palabras se extienden / por la página blanca / como un cáncer” (69). En la voz de Holub, Cadavid accede a la condición material, casi médica de la palabra poética: “Nada curará / al asmático enfermo” (22). La mano que escribe estos cuadernos lo hace con la precisión del cirujano que corta el cuerpo del lenguaje y llega a “La enfermedad y su reino / —el lado oscuro de la vida—” (31). Así se hace patente un rasgo característico de la poética de Cadavid: la brevedad al servicio de la intensidad y la precisión

de la lengua, adquiere, en esta ocasión, una relación orgánica entre el tema de la enfermedad y una escritura médica de la exactitud. Se trata del padecimiento como asunto poético.

La obra

Una de las búsquedas fundamentales de Jorge Cadavid es el acceso al “más allá en el más acá”. En cada libro el poeta trabaja el umbral entre materia e infinito en torno a la mirada que construye el instante de revelación y al silencio como lengua de la epifanía. En su obra, el pensamiento es el punto de intersección entre poesía y filosofía, pájaros y derviches son signos interiores, la fotografía es huella que atrapa la muerte.

Los cuadernos del inmunólogo Miroslav Holub se inserta en este universo que teje, libro a libro, un todo que constituye una mística contemporánea. Los referentes de Cadavid son, entre muchos otros, Roberto Juarroz, Antonio Porchia y la poesía sufí. Nos hace pensar acá en la intensidad expresiva de Emily Dickinson, en la interrogación por la materia de William Carlos Williams y en las preguntas metafísicas de Yves Bonnefoy. En estos cuadernos el lugar de encuentro con “la dimensión metafísica del momento presente” (14) es la enfermedad. El poeta parece acercarse cada vez más a una superficie material, ya que en su penúltimo libro, *Pequeña historia de la fotografía*, la foto es una ciencia metafísica. Avanzando por esta línea de lo tangible, ahora ubica la epifanía mística en la concreción del cuerpo. Pero no se trata de cualquier organismo, ni el del monje giróvago ni el de una naturaleza —plantas y flores— silente; el asunto en estos cuadernos es el cuerpo del horror.

Muerte y poesía

Este libro nos lleva a preguntarnos: ¿cómo es la muerte de un poeta? En “Tantálico” la voz de Holub se instala en el instante entre la vida y la partida de Baudelaire, quien huele en su “toga”, un pedazo de tela, el “paraíso”. En este poema se avizora la muerte por medio de los sentidos. En cambio, en “Embalsamamiento” vuelve la expiración del poeta ya no del lado de la vida, sino del cadáver. En el cuerpo inerte la poesía deja su huella que se fija en “Ojos y boca bien abiertos / como cuando declamaba” (21). Si el poeta escribe para captar el umbral donde el ser se revela vedado, también aspira al fin como experiencia material de la metafísica. Por eso la muerte es la unión, el todo: “Casi nunca reúne el poeta / su cuerpo y su alma en una sola tumba” (21). “Casi nunca” porque la poesía es la excepción.

En “Tuberculosis” encontramos una estética del mal que deja su trazo sobre el cuerpo. De esta manera, la enfermedad es una pintura que modela al cadáver: “El bacilo tuberculoso extrañamente / prefería a los poetas. / Como símil logrado florece / el tumor en el azul sangrante” (42). Entre más cerca se está del fin, más intensa es la pincelada como escritura de la muerte en la superficie: “Una mancha roja en el pañuelo es el indicio: / ya escriben los muertos de forma lírica” (42). Así, la expiración aparece como una escritura en la enfermedad que, para el poeta, es tal vez la más importante ya que, por fin, palabra y muerte son una sola.

Extrañamiento

La voz de Holub nos da a conocer los padecimientos como otra posibilidad de lo real. Lo poético de la vida es “la enfermedad que singulariza, / que provoca extrañeza y ambigüedad” (35). Este libro se inserta en las temáticas que marcaron la modernidad: el mal y el horror, dejando atrás la perspectiva de, por ejemplo, Baudelaire, quien padece la oscuridad situándola en un lugar antagónico a la luz, todavía de la mano de una visión binaria y cristiana del mundo. Holub, en cambio, construye una perspectiva contemporánea del mal. De hecho, en el prelude, Jorge Cadavid nos explica: “Al igual que Kafka, también Holub logra un efecto irreal —otros dirían fantasmagórico— extremando y extrañando los mecanismos biológicos” (13). La escritura médica del inmunólogo Holub es poética y la poesía de *Los cuadernos* es científica como palabra exacta. De esta manera y gracias al extrañamiento, en este libro se propone, “uniendo ciencia y poesía” (14), una lengua nueva que se ubica en un umbral que habita universos antagónicos accediendo al todo: “Lleva una ecuación debajo de la piel / y un cerebro debajo del alma” (25). El todo es la posibilidad de unión de lo que ha sido separado —ciencia y poesía— por la historia de la cultura occidental. Así, la enfermedad invade y se apodera de la lógica para transformarla en “una matemática con sangre en ella” (24), una ciencia atada al cuerpo. La lengua se convierte, de esta manera, en territorio metafísico.

Encontramos otra forma de extrañamiento en “Anatomía del mal” (31). En este poema la enfermedad tiene “un reino”, es una “fuerza” con “magnitud”, “luego arrasa” y “mide su fuerza con la fuerza que derriba” (31). Holub nos propone una versión del mal, concepto abstracto, “esa nada [que] se alimenta de sí misma” (31) encarnada en el cuerpo, como una intensidad

arrolladora que se alimenta de su propio impulso. El inmunólogo nos dice que primero están el cuerpo y sus posibilidades. De este modo los conceptos, y en este caso el del mal, se vuelven intensidades corporales. En “Virus” las infecciones hacen “su propia cartografía” (39) hasta el punto de que escriben la historia de la humanidad, a pesar del hombre.

La metafísica del cuerpo

Holub parece querer decirnos que toda materia está en contacto con un excedente más allá de la física, el misterio. Que lo diga el maestro de Cadavid, el inmunólogo checo, es una prueba científico-poética de ello. En “Cáncer” las células “se multiplican”, viven “dividiéndose caóticamente”, reflexionan, son “células malignas [que] cambian de opinión”, “células predatoras” cuyo comportamiento es “un error metafísico de la materia” (40). ¿Por qué Holub insiste en que es error metafísico? La falta de las células está vinculada con la posibilidad de la muerte. No se trata de cualquier desliz, es la materia pensante que decide, con voluntad propia, desatar un caos maligno que aproxima el cuerpo a su fin. Así, el organismo piensa y puede hacerlo en dirección del mal.

El cuerpo también es su propia ausencia en este libro. En “Amputado”: “intentaba calmar una mano con la otra / aunque careciera de ambas” (26); el miembro ausente es la experiencia metafísica palpable ya que existe por la sensación, pero no está materialmente. Se trata acá de la metafísica del sufrimiento. En “Dolor fantasma” la extremidad faltante “Es la demostración de que para el hombre / también el cuerpo es prescindible” (65), porque lo que ha sido amputado no aniquila al individuo ya que lo humano también es un elemento no físico. En consecuencia, el horror de la ausencia del órgano es la presencia del hombre como lo que excede la materia: el lenguaje y, tal vez, el espíritu. Sin embargo, y como se trata del cuerpo mutilado en todo caso, esta reflexión es dolorosa. Parece que la incomodidad es más intensa que todo lo demás: “Tenso es firmar este poema eterno con la sombra” (65).

En “Visita al Dr. W. C. Williams en la morgue” aparece un cúmulo de “órganos / que no dicen pero son”, “uñas”, “pestañas”, “precisión” (53). No obstante, de lo que se trata, ya que los órganos callan, es de la “escritura física”, de la “metáfora corporal [...] / donde la palabra es palpable” (53). El cuerpo, en este libro, es el cuerpo del lenguaje que se carga de física; por eso: “En este punto una metáfora o un símil / serían pensamientos extravagantes” (43).

La vida de la enfermedad

“La enfermedad es una pasión / como cualquier otra, / gravita entre neuronas cautelosamente” (72). Si la enfermedad es pasión entonces es vida y más que eso: es potencia que encierra un secreto que opera poéticamente, dice y no dice, calla. Por esta razón en “Síntomas” la enfermedad es fantasmagórica, llega como aparecen los dioses ausentes: “mares ignotos se revelan, / aparecen rostros ocultos en el oleaje” (61). Incluso su aparición es una estética, la más importante porque es “La última forma / de construir belleza” (61).

Encontramos en este libro una poética de la enfermedad y el amor. En “Sida”, el virus es la evidencia del amor unido a la muerte: “y me quedé dormido mirando fijamente / en tus ojos la muerte” (45). El corazón “apunta a un centro / que siempre está vacío” (45), ya que el amor mata al individuo; unirse es aniquilarse, y por eso la vida de la enfermedad es la fusión de esta con la muerte.

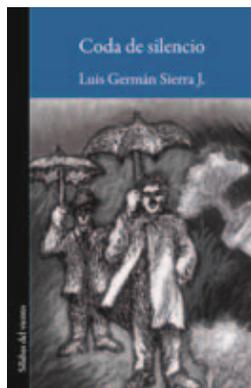
Mística humana

“Como no se puede / hablar de la muerte / nos morimos” (67). Este libro nos permite morirnos. La poesía es escritura corporal y lenguaje material atravesado por la muerte. Acá, la palabra poética es el cáncer, el virus, el antibiótico del lenguaje no solo porque es extrañamiento y diseminación sino también y sobre todo porque permite experimentar la propuesta mística de Cadavid en voz de Holub: el instante que encarna, une, guía “el más acá y el más allá” como horror, belleza y materia. Se trata de una mística más humana que nunca. **U**

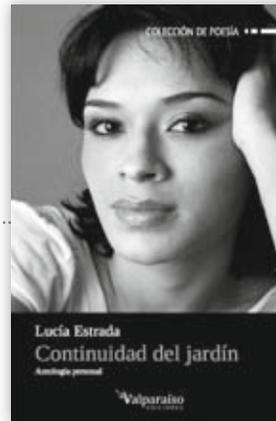
María Paz Guerrero (Colombia)

Novedades

Coda de silencio
Luis Germán Sierra J.
Colección Sílabas del viento
Sílabas Editores
Medellín - Colombia
2016
74 p.



Ese temor de sabernos



Nos han dejado solos en medio del agua, / de su noche
grave y espesa.
No en la superficie, / no en el fondo, / entre los pliegues.
(Estrada, *Continuidad del Jardín*: 59)

Continuidad del Jardín

Lucía Estrada
Valparaíso Ediciones
Madrid, 2015
88 p.

La antología personal de Lucía Estrada, *Continuidad del jardín*, publicada por Valparaíso Ediciones, reúne poemas de varios de sus libros: *Miastra* (2004), *Las hijas del espino* (2006), *La noche en el espejo* (2010) y *Cuaderno del ángel* (2012).

Miastra introduce el misterio; el lector entra en una región de tierras movedizas, un universo mágico lleno de silencio, atemporal. Los poemas en prosa se deslizan en busca de la palabra que nombre lo imposible: “Reinas de sí mismas, las palabras, somos apenas su tránsito misterioso, no la región que las espera” (Estrada, 2015a: 21).

Las hijas del espino hace un homenaje a mujeres de distintas épocas, algunas míticas, como Ifigenia, Hécuba, Circe, Yocasta, y otras artistas, como Alma Mahler, Djuna, Clara Westhoff, Silvia Plath y Camille Claudel. La inteligencia de los versos evita la anécdota; no hay alusiones directas a sus biografías, pero los poemas invitan a indagar en sus vidas tan diversas. Algunas de ellas se traicionaron buscando afinidades para su corazón sensible y se diluyeron en la presencia masculina. Otras fueron ignoradas por su época; sus